
ACTO IV.

La escena representa un salón magníficamente alumbrado, y en el centro y en el fondo una mesa de lujo, á la cual están sentados ocho generales, y entre ellos Octavio Piccolomini, Terzky y Maradas. A su derecha y á su izquierda, y más en el fondo, hay otras dos mesas, en cada una de las cuales hay seis convidados. Delante está el bufet, y toda la parte anterior del teatro queda libre para los pajes y servidores. Todo está en movimiento; músicos del Regimiento de Terzky se hallan en la escena alrededor de las mesas. Antes de retirarse todos, se presenta Maximiliano Piccolomini, saliéndolo á recibir Terzky con un papel, é Isolani con una copa.

ESCENA PRIMERA.

TERZKY, ISOLANI y MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

ISOLANI.—¡Gracias á Dios, señor camarada! Pero ¿en dónde diablos estabais escondido? ¡Pronto á ocupar tu sitio! Terzky nos ha honrado con sus vinos más añejos y exquisitos. Esto parece el castillo de Heidelberg. El mejor se ha bebido ya. Se han repartido aquí, sobre la mesa, principados; y los bienes de Eggenberg, Slawata, Lichtenstein y Sternberg, se han distribuido con todos los grandes feudos de la Bohemia. Si os dais prisa, algo os tocará todavía. ¡Vamos! ¡Sentaos!

COLALTO Y GÖTZ. (Desde la segunda mesa.)—¡Conde Piccolomini!

TERZKY.—¡Pronto será vuestro!... Lee esta fórmula de

juramento, á ver si su redacción te agrada. Todos la han leído por su orden, y todos la han firmado.

MAXIMILIANO. (Leyendo.)—«*Ingratis servire nefas.*»

ISOLANI.—Esto parece una sentencia latina... Compañero, ¿cómo se dice esto en alemán?

TERZKY.—Ningún hombre de bien debe servir á los desagradecidos.

MAXIMILIANO.—«Puesto que nuestro muy poderoso general, S. A. el Príncipe de Friedlandia, á consecuencia de diversos desaires, se propone dejar el servicio del Emperador, y, accediendo á nuestros ruegos unánimes, ha consentido en permanecer al frente del ejército, y en no separarse de nosotros sin nuestra aprobación; nos obligamos todos juntos, y cada uno en particular, en virtud de juramento personal, á honrarlo y serle fieles, á no separarnos de él por ningún motivo, garantizándolo con cuanto poseemos, y estando prontos á derramar por él hasta la última gota de nuestra sangre, *sin perjuicio del juramento que hemos prestado al Emperador.*» (Las palabras subrayadas son repetidas por Isolani.) «Y si alguno de nosotros, faltando á este convenio, se apartase de la obligación común, lo declaramos desde ahora traidor, y lo castigaremos, y nos vengaremos en su fortuna y bienes, en su cuerpo y en su vida. Y así lo atestigüamos, firmando con nuestros nombres.»

TERZKY.—¿Estás conforme en firmarlo?

ISOLANI.—¿Por qué no? Todo oficial honrado puede... y debe... ¡Tinta y pluma!

TERZKY.—Esperad hasta la conclusión del banquete.

ISOLANI. (Arrastrando á Maximiliano.) ¡Venid, venid! (Ambos se acercan á la mesa.)

ESCENA II.

TERZKY, NEUMANN.

TERZKY. (Haciendo una señal á Neumann, que aguarda junto al bufet, y que se adelanta hacia él.) ¿Traes el documento, Neumann? ¿Dámelo! ¿Está escrito de tal modo, que se puede trocar por el otro fácilmente?

NEUMANN.—Todo lo he copiado palabra por palabra, excepto lo relativo al juramento del Emperador, que lo he borrado, con arreglo á las órdenes de V. E.

TERZKY.—¡Bien! Ponlo allí, y echa éste al fuego de seguida. Ha cumplido su misión.

(Neumann deja la copia en la mesa, y vuelve al bufet.)

ESCENA III.

ILLO, que sale de la segunda sala.—TERZKY

ILLO.—¿Qué ocurre con Piccolomini?

TERZKY.—Nada adverso, á lo que creo. No ha hecho objeción alguna.

ILLO.—Es el único, que no me inspira confianza; ni él ni su padre... No perdedlos de vista.

TERZKY.—¿Y los de vuestra mesa? Espero que los tendréis preparados.

ILLO.—Sus corazones están perfectamente dispuestos. Creo que son nuestros. Y como os anuncié... ya no se trata sólo de honrar al Duque. Si hay unanimidad de sen-

timientos, ha indicado Montecuculi, se impondrán condiciones al Emperador hasta en su misma Viena. Tened entendido que, á no ser por estos Piccolomini, no tendríamos necesidad de apelar al engaño.

TERZKY.—¿Qué quiere ahora Butler? Callad.

ESCENA IV.

LOS MISMOS y BUTLER.

BUTLER. (Viniendo de la segunda mesa.) — ¡Quieto, quieto! Os he entendido bien, mi feldmariscal. ¡Que el plan tenga el mejor éxito! y por lo que á mí toca (Con misterio.) contad conmigo.

ILLO. (Con animación.) — ¿Podemos contar con vuestra cooperación?

BUTLER. — ¡Con cláusula ó sin ella! Me es igual. Pero comprended bien lo que digo. El Príncipe puede poner á prueba mi fidelidad, y decidlo así. Soy oficial del Emperador, mientras él quiera ser su general; yo sirvo al Duque de Friedlandia, en cuanto le plazca ser su propio señor.

TERZKY. — Hacéis una conversión útil. No es un hombre mezquino, no es un Fernando el jefe á quien serviréis.

BUTLER. (Con formalidad.) — Yo no vendo mi lealtad, conde Terzky, y en vano me hubierais exhortado, medio año hace, á dar el paso que doy ahora voluntariamente. Así, pues, mi regimiento y yo somos del Duque, y, según creo, el ejemplo mío no dejará de traer sus consecuencias.

ILLO. — ¿Quién ignora que el coronel Butler es el espejo, en que ha de mirarse todo el ejército?

BUTLER. — ¿Lo creéis así, mi feldmariscal? Entonces, no me arrepiento de haber aguardado cuarenta años, si mi buena

fama, á tanta costa adquirida, me ofrece á los sesenta completa venganza. No os admiréis de lo que os digo, señores. Que os importe poco la causa que me hace vuestro, y no juzguéis que me engaña vuestro juego... ni que la irresolución y la ligereza, ó un motivo leve aparten á un hombre ya anciano de la senda del honor, que siempre ha seguido. ¡Venid! No por eso estoy menos resuelto, por que conozco con toda evidencia el impulso á que obedezco.

ILLO. — Decidnos sin rodeos por quién hemos de teneros...

BUTLER. — ¡Por un amigo! Tomad mi mano, y con todo lo que poseo, soy vuestro. El Príncipe no necesita sólo hombres, sino también dinero. Yo le presto cuanto he ganado á su servicio, y si me sobrevive, y conforme está arreglado tiempo hace, él es mi heredero. Soy solo en el mundo, y desconozco los sentimientos que puede inspirar una esposa querida y unos hijos adorados, y mi nombre muere conmigo, y mi existencia no va más allá.

ILLO. — No hay necesidad de vuestro dinero... un corazón como el vuestro vale toneladas de oro y millones.

BUTLER. — Yo vine de Irlanda á Praga, pobre criado de un caballero, á quien enterré. De los servicios más bajos de la caballeriza subí, por mi habilidad en la guerra, hasta el rango y cargo que ocupo, convertido en juguete de una fortuna caprichosa. Wallenstein es también un hijo de la suerte, y me agrada su camino, igual al mío.

ILLO. — Todas las almas enérgicas se parecen.

BUTLER. — Momento crítico es este, propicio á los valientes y resueltos, porque como moneda corriente que pasa de mano en mano, así también ciudades y castillos abandonan á sus poseedores pasajeros. Emigran los descendientes de los linajes más antiguos, y les suceden nuevos blasones y nuevos nombres: un pueblo del Norte, mal recibido, se aventura en el territorio alemán deseando ha-

cerlo suyo. El Príncipe de Weimar se prepara por la fuerza á fundar en el Mein un estado poderoso. Así á Mansfeld como á Halberstadt, sólo ha hecho falta una vida más larga para proporcionarse por su valor, y con el filo de su espada, una propiedad territorial. Pero ¿quién, entre ellos, llega á nuestro Friedlandia? Nada hay tan elevado que el hombre superior no alcance, sin emplear la escala.

TERZKY.—Así hablan los hombres.

BUTLER.—Aseguraos de los españoles y de los italianos, que yo me encargo del escocés Lessly. ¡Vamos á reunirnos con los demás, vamos!

TERZKY.—¿En donde está el sumiller? Que se sirva cuanto haya, los mejores vinos. Hoy es la ocasión de hacerlo. Nuestros asuntos van bien. (Vase cada uno á su mesa.)

ESCENA V.

EL SUMILLER, con NEUMANN, adelantándose.—CRIADOS van y vienen.

EL SUMILLER.—El vino más exquisito! Si su señora madre, mi antigua ama, presenciara este despilfarro, volvería de nuevo á su tumba... ¡Sí, sí, señor oficial! ¡Esta noble casa decae!... ¡Ni moderación, ni término! Y la poderosa unión con este Duque no nos es favorable.

NEUMANN.—¡Que Dios os proteja! Ahora lucirá su flor más preciada.

EL SUMILLER.—¿Lo creéis así? Hay mucho que hablar sobre esto.

UN CRIADO. (Que llega.)—¡Borgoña para la cuarta mesa!

EL SUMILLER.—Setenta botellas con esta, señor teniente.

EL CRIADO.—Es para Tiefenbach, para aquel señor alemán, que está sentado allí abajo. (Vase.)

EL SUMILLER. (Continuando con Neumann.)—Desean subir demasiado alto. En la pompa quieren igualarse á electores palatinos y reyes, y lo que hace el Príncipe, intenta imitarlo el Conde, mi respetable amo. (A los criados.) ¿Cómo estáis escuchando? Piernas es lo que necesitáis. Vigilad las mesas, cuidad de las botellas. ¡Hola, mirad! El vaso del Conde Palisy está vacío.

EL SEGUNDO CRIADO. (Que llega.)—Piden la copa grande, sumiller; la más rica, la de oro, la de las armas de Bohemia; ya sabéis cuál es, según dice el señor.

EL SUMILLER.—¿La labrada por el maestro Guillermo para la coronación de Federico, el despojo más opimo del botín de Praga?

EL SEGUNDO CRIADO.—¡Sí, esa! Quieren beber con ella á la redonda.

EL SUMILLER. (Sacudiendo la cabeza, mientras saca la copa y la limpia.)—Esto dará que hablar en Viena.

NEUMANN.—¡A ver! ¡Magnífica copa! Su peso en oro es grande, y con arte inimitable se han encajado en ella asuntos curiosos. Veamos en un momento el primer escudillo; dejádmelo examinar una sola vez. Una amazona orgullosa á caballo, sobre un báculo y una mitra episcopal, con un sombrero en la punta de una lanza, y una bandera, en la cual hay un cáliz. ¿Podréis decirme qué significa todo esto?

EL SUMILLER.—La mujer, que veis á caballo, es la libre elección de la corona de Bohemia, y así lo indican su sombrero redondo y el caballo brioso, que la lleva. El sombrero es el adorno del hombre, porque quien no puede ponerse ante emperadores y reyes, no es libre.

NEUMANN.—¿Y el cáliz de la bandera?

EL SUMILLER.—El cáliz representa la libertad de la Iglesia de Bohemia, tal cual existía en tiempo de nuestros padres. Nuestros abuelos, en la guerra de los husitas, conquistaron del Papa este insigne privilegio, puesto que el

uso del cáliz á ningún seglar se permite. Nada estiman tanto los utroquistas como el cáliz, y es alhaja preciosa, cuya posesión ha costado á Bohemia mucha sangre, derramada en diversas batallas.

NEUMANN.—¿Y ese rollo de papel, que se ve allá abajo?

EL SUMILLER.—Simboliza la Carta de S. M., que arrancamos al emperador Rudolfo, rico é inestimable privilegio que asegura á la nueva secta, como á la antigua, libre culto y cántico libre. Pero desde que nos manda Gratz, se acabó esto; y después de la batalla de Praga, en que el Conde Palatino Federico perdió corona y vida, perdieron también nuestros hermanos su cátedra y su altar, y han abandonado su patria, y el mismo Emperador ha cortado con sus tijeras esa Carta suya.

NEUMANN.—¿Todo esto sabéis? Bien instruído estáis en la crónica de vuestro país, sumiller.

EL SUMILLER.—Porque mis antepasados eran laboritas, y sirvieron á las órdenes de Procopio y de Ziska. ¡Haya paz para sus cenizas! Combatían por una buena causa... ¡Llevaos eso!

NEUMANN.—Pero dejadme ver el segundo escudo. Representa, al parecer, el acto en que Martinitz y Slawata, consejeros del Emperador, fueron precipitados de cabeza desde el castillo de Praga. ¡Justamente! He aquí al Conde Thurn, que lo ordenó. (Un criado se lleva la copa.)

EL SUMILLER.—No hablemos de ese día. Fué el 23 de Mayo de 1618. Parece que es hoy, y con ese día nefasto comienzan las grandes desdichas del país. Desde entonces, hace ya diez y seis años, la paz ha huido de la tierra... (Se oye gritar en la segunda mesa. ¡A la salud del Príncipe de Weimar!) (En la tercera y cuarta mesa. ¡Viva el Duque Bernardo!)

(La música se calla.)

EL PRIMER CRIADO.—¿Oís este tumulto?

EL SEGUNDO CRIADO. (Que llega corriendo.) —¿Habéis oído? Aclaman al Príncipe de Weimar.

EL TERCER CRIADO.—¡El enemigo de Austria!

EL PRIMER CRIADO.—¡El Interano!

EL SEGUNDO CRIADO.—Antes, cuando brindó Deodati por el Emperador, hubo un silencio sepulcral.

EL SUMILLER.—Efectos de la bebida. El criado prudente ha de ser sordo en tales casos.

EL TERCER CRIADO. (Aparte al cuarto.) —¡Atiende bien, Juan! muchas cosas contaremos al padre Quiroga, que nos dará en cambio sendas indulgencias.

EL CUARTO CRIADO.—Yo me acercaré al asiento de Illo, en cuanto pueda, para lograr nuestro propósito. Oirás cosas bien singulares. (Vanse á las mesas.)

EL SUMILLER.—¿Quién será ese señor, vestido de negro, con una cruz, que habla tan familiarmente con el Conde Palfy?

NEUMANN.—Es uno de los que inspiran más confianza. Se llama Maradas, y es español.

EL SUMILLER.—Nada quiero con los españoles, os digo. Los extranjeros son gente del todo inútil.

NEUMANN.—¡Cómo, cómo! No debíais de hablar así, sumiller. Sus generales son justamente los que inspiran al Duque más confianza.

(Llega Terzky, teniendo en la mano un papel; los convidados se ponen de pie.)

EL SUMILLER. (A los criados.) —El teniente general se levanta. ¡Atención! Se acabó esto ya. Vamos, llevaos las sillas.

(Los criados se retiran hacia el fondo apresuradamente. Parte de los convidados se adelanta.)

ESCENA VI.

OCTAVIO PICCOLOMINI habla con MARADAS, y ambos se sitúan en un lado del proscenio. Por el opuesto se ve a MAXIMILIANO PICCOLOMINI, solo, pensativo y sin reparar en nada. El espacio comprendido entre ambos, aunque algunos pasos retirados hacia el fondo, está ocupado por BUTLER, ISOLANI, GOTZ, TIEFENBACH, COLALTO, y poco después por el Conde TERZKY.

ISOLANI. (Mientras los demás se adelantan.)—¡Buenas noches, buenas noches, Colalto!... Mi teniente general, ¡buenas noches! Debía decir buenos días.

GÖTZ. (A Tiefenbach.)—¡Compañero, buen provecho!

TIEFENBACH.—¡Banquete regio, en verdad!

GÖTZ.—Sí; la señora Condesa lo entiende. Lo ha aprendido de su suegra, que santa gloria haya. ¡Era una dueña de casa incomparable!

ISOLANI. (Queriendo irse.)—¡Luz, luz!

TERZKY. (Acercándose con el papel á Isolani.)—¡Compañero! Dos minutos no más. Hay que firmar aquí todavía.

ISOLANI.—¡Firmar? ¡Cuanto queráis! Ahorradme sólo el trabajo de leer.

TERZKY.—No quiero molestaros. Es el juramento, que ya conocéis. Únicamente algunos rasgos de pluma. (Cuando Isolani presenta el papel á Octavio.) De cualquier modo. Como caiga. No es cuestión de etiqueta.

(Octavio lee el papel con indiferencia aparente. Terzky le observa desde lejos.)

GÖTZ. (A Terzky.)—¡Señor Conde! Permitidme que me retire.

TERZKY.—No os apresuréis tanto... La última copa. ¡Hola!

(A los criados.)

GÖTZ.—No puedo.

TERZKY.—¡Vamos, un poco!

GÖTZ.—¡Perdóname!

TIEFENBACH. (Se sienta.)—Disimulad, señores. El estar en pie no me agrada.

TERZKY.—¡Como os plazca, señor Gran Maestre!

TIEFENBACH.—La cabeza fresca, el estómago sano, pero las piernas no quieren sostenerme.

ISOLANI. (Aludiendo á su corpulencia.)—Habéis hecho su carga pesada en demasia.

(Octavio firma y da el papel á Terzky, que lo entregará Isolani.

Éste se acerca á la mesa para firmarlo.)

TIEFENBACH.—La culpa la tiene la guerra de Pomerania, porque vivíamos sobre la nieve y el hielo, y ya, mientras exista, permaneceré en este estado.

GÖTZ.—Sí, sí; los suecos no se cuidaban del tiempo.

(Terzky presenta el papel á Maradas, que se acerca á la mesa para firmarlo.)

OCTAVIO. (Aproximándose á Butler.)—He observado, señor coronel, que no os agradan mucho las fiestas de Baco, y que preferiríais, según creo, el estrépito de una batalla al bullicio de un banquete.

BUTLER.—Debo confesar que no se amoldan á mi carácter.

OCTAVIO. (Acercándosele con más confianza.)—Ni tampoco al mío, puedo asegurároslo, congratulándome, coronel Butler, de que opinemos lo mismo. Media docena, á lo más, de buenos amigos, alrededor de una mesa pequeña y redonda; un vaso de Tokay, un corazón franco y una conversación comedida... es lo que me place.

BUTLER.—Seguramente que, si fuera posible, yo me atendería sólo á ellas.

(El papel llega á Butler, que se acerca á la mesa para firmar. El proscenio se queda vacío, de suerte que los dos Piccolomini, cada uno en un extremo, permanecen solos de pie.)

OCTAVIO. (Después de observar un rato á su hijo en silencio, se aproxima á él poco á poco.)—Has tardado mucho, amigo.

MAXIMILIANO. (Volviéndose con prontitud, como turbado.) Yo... me han retenido negocios urgentes.

OCTAVIO.—Y, según veo, aun piensas en ellos.

MAXIMILIANO.—Ya sabes que el bullicio me inspira taciturnidad.

OCTAVIO. (Acercándose más.)—¿Podré saber cuál ha sido la causa de tu tardanza?... (Con intención.) Y Terzky lo sabe.

MAXIMILIANO.—¿Qué sabe Terzky?

OCTAVIO. (Con misterio.)—Era el único que no te echaba de menos.

ISOLANI. (Que ya libre, se acerca á ellos.)—¡Bien, anciano padre! ¡Ahora es la vuestra! ¡Arrestadlo! No ha obrado bien.

TERZKY. (Con el papel.)—¿Ninguno falta? ¿Han firmado todos?

OCTAVIO.—Todos.

TERZKY. (En voz alta.)—¿Es así? ¿Falta alguno?

BUTLER. (A Terzky.)—Contad. Ha de haber treinta nombres.

TERZKY.—Aquí hay una cruz.

TIEFENBACH.—Yo soy el de la cruz.

ISOLANI.—No sabe escribir, pero su cruz basta, y será aceptada por judíos y cristianos.

OCTAVIO. (A Maximiliano con inquietud.)—Vámonos juntos, señor coronel, que es tarde.

TERZKY.—Uno solo de los Piccolomini ha firmado.

ISOLANI. (Señalando á Maximiliano.)—Advertid que, quien

falta, es este convidado de piedra, del cual en toda la noche no hemos sacado partido alguno.

(Maximiliano recibe el papel de manos de Terzky, y permanece distraído mirándolo.)

ESCENA VII.

Los mismos.—**ILLO** viene del aposento del fondo; trae en la mano la copa de oro, y parece muy excitado con el vino; síguenle **GÖTZ** y **BUTLER**, intentando contenerlo.

ILLO.—¿Qué queréis? ¡Dejadme!

GÖTZ y **BUTLER.**—¡No bebáis más, Illo!

ILLO. (Se acerca á Octavio, y bebiendo lo abraza.)—¡Para tí traigo esto, Octavio! ¡Ahoga toda tu enemistad en esta copa fraternal! Bien sé que nunca me has estimado... ¡Y que Dios me castigue, si yo te he querido bien por mi parte! ¡Olvida lo pasado! Yo te aprecio sobremanera. (Abrazándolo muchas veces.) Yo soy tu mejor amigo, y tened entendido que, quien diga que es falso como un gato, se las habrá conmigo!

TERZKY. (Llamándolo aparte.)—¿Estás en tu juicio? ¡Reflexiona en qué lugar te hallas, Illo!

ILLO. (Con franqueza.)—¿Qué queréis? Todos son indudablemente buenos amigos. (Mirando alrededor con satisfacción.) Me alegra que no haya ningún bribon entre nosotros.

TERZKY. (A Butler con ahínco.)—¡Lleváoslo! Os lo suplico, Butler. (Butler se lo lleva hacia el bufet.)

ISOLANI. (A Maximiliano, que ha estado mirando maquinalmente el papel.)—¿Acabaréis pronto, compañero? ¿Lo habéis estudiado ya bien?

MAXIMILIANO. (Como despertando de un sueño.)—¿Qué tengo que hacer?

TERZKY á ISOLANI. (A un tiempo.)—Escribir vuestro nombre entre los demás. (Octavio inquieto fija en él sus miradas.)

MAXIMILIANO. (Devolviéndolo.)—Dejadme en paz hasta mañana. Se trata de algún negocio. No estoy dispuesto ahora á estudiarlo. Enviádmelo mañana.

TERZKY.—Reflexionad, sin embargo...

ISOLANI.—¡Firmad pronto! ¿Cómo? ¡Es el más joven de todos los que estamos alrededor de esta mesa, y pretende ser él sólo más prudente que todos nosotros juntos! ¡Que tenga, que tenga entendido que su padre ha firmado, y todos nosotros también.

TERZKY. (A Octavio.)—Interponed vuestra mediación, que él respetará. ¡Decídselo!

OCTAVIO.—Mi hijo es mayor de edad.

ILLO. (Después de dejar en el bufet la copa de oro.)—¿De qué se trata?

TERZKY.—Rehusa firmar el papel.

MAXIMILIANO.—He dicho que lo dejen para mañana.

ILLO.—No puede ser. Todos hemos firmado, y menester es que tú lo firmes también.

MAXIMILIANO.—Buenas noches, Illo.

ILLO.—No, tú no te escaparás. Es preciso que sepa el Príncipe quiénes son sus amigos.

(Todos los convidados se reúnen alrededor de los dos.)

MAXIMILIANO.—El Príncipe conoce bien cuáles son mis sentimientos respecto de él; todos lo saben, y no hay necesidad de apelar á estas pruebas hipócritas.

ILLO.—¡Este es el pago que el Príncipe recibe de su constante predilección por los italianos!

TERZKY. (A los generales, que se revuelven con más vivain, quietud.)—Es el vino el que habla por él. No le hagáis caso, yo os lo suplico.

ISOLANI. (Riendo.)—El vino no inventa; lo que hace es hablar sin cautela.

ILLO.—Quien no está conmigo, está contra mí. ¡Qué conciencias tan escrupulosas! Por no encontrar una puerta de escape, una cláusula...

TERZKY. (Interrumpiéndolo con prontitud.)—Ha perdido la cabeza por completo; no hagáis caso de él.

ILLO. (Gritando.)—Con la cláusula podrán salvarse. ¿Qué cláusula? Llévese el demonio la cláusula...

MAXIMILIANO. (Con atención, y leyendo de nuevo el papel.)—¿Qué hay, pues, aquí tan peligroso? Excitáis mi curiosidad á examinarlo con detenimiento.

TERZKY. (Aparte á Illo.)—¿Qué haces, Illo? Tú nos pierdes.

TIEFENBACH. (A Colalto.)—Ya había yo observado que antes de comer, nos leyeron otra cosa.

GÖTZ.—Lo mismo noté yo.

ISOLANI.—Pero ¿qué me importa? En donde hay otros nombres, bien puede estar el mío.

TIEFENBACH.—Antes del banquete se fijaba cierta condición, y había una cláusula acerca del servicio del Emperador.

BUTLER. (A uno de los comandantes.)—¡Qué vergüenza, señores! Pensad hasta dónde hemos llegado. La cuestión es ahora de si hemos de conservar nuestro general ó no. No hay, pues, que examinar las cosas tanto, ni por tanto tiempo.

ISOLANI. (A uno de los generales.)—Cuando el Príncipe te dió tu regimiento ¿te puso también alguna cláusula?

TERZKY. (A Gotz.)—¿Y cuando os dió esa provisión, que os ha producido mil pistolas al año?

ILLO.—¡Infames los que nos califiquen por esto de bribones! ¡Quien no esté satisfecho que lo diga! ¡Aquí estoy yo!

TIEFENBACH.—¡Vamos, vamos! Esto es hablar por hablar.

MAXIMILIANO. (Que devuelve el papel, después de leerlo.)—
¡Hasta mañana, pues!

ILLO. (Que, ciego de cólera, y ya no dueño de sí mismo, le presenta el papel con una mano, y la espada en la otra.)—¡Firma, Judas!

ISOLANI.—¿Qué haces, Ilo?

OCTAVIO, TERZKY, BUTLER. (A la vez.)—¡Fuera la espada!

MAXIMILIANO. (Que le acomete de improviso y lo desarma, al Conde Terzky.)—¡Llevadlo á dormir! (Vase.)

(Ilo, gruñendo y maldiciendo, es sujetado por algunos comandantes. Mientras dura el tumulto consiguiente, cae el telón.)

ACTO V.

El lugar de la escena, un aposento en la casa de Piccolomini.
Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO PICCOLOMINI. Un criado le alumbra.—Poco después MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

OCTAVIO.—En cuanto llegue mi hijo, que pase... ¿Qué hora es?

EL CRIADO.—Pronto amanecerá.

OCTAVIO.—Dejad aquí la luz... Yo no me acuesto ya... andad á dormir.

(Vase el criado. Octavio se pasea pensativo. Maximiliano Piccolomini entra sin que lo note Octavio, y lo observa un rato en silencio.)

MAXIMILIANO.—¿Te has enfadado conmigo, Octavio? Dios sabe que no he sido el culpable de esa odiosa contienda... Bien vi que tú habías también firmado... Lo aprobado por tí, debiera haberlo sido por mí... Sin embargo... ya sabes... que, en asuntos de esta naturaleza, ha de seguirse la propia, no la ajena inspiración.

OCTAVIO. (Acercándosele á él, y abrazándolo.)—¡Síguela siempre después, hijo mio querido! Ha sido más leal contigo que el ejemplo de tu padre.